



Noam Chomsky(*)

La decadencia de Estados Unidos: sus causas y consecuencias(**)

American Decline: Causes and Consequences

Resumen: La crisis económica por la que aún sigue atravesando los Estados Unidos de América ha hecho que en los últimos años este sea un tema recurrente en todo el mundo. Noam Chomsky, a través de este artículo reseña de una manera muy precisa y con cierto humor negro los cambios por los que ha atravesado este país a lo largo de las últimas décadas. Un análisis que inicia desde la época de la Segunda Guerra Mundial y que concluye en la actual crisis financiera que rodea al país norteamericano nos revela la perspectiva de Chomsky respecto a la situación que actualmente se vive en los Estados Unidos, explicando de la manera más clara las razones que han contribuido a que hoy se viva este difícil momento.

Palabras clave: Estados Unidos - Edad de Oro - Capitalismo - Crisis - Déficit financiero - Desempleo

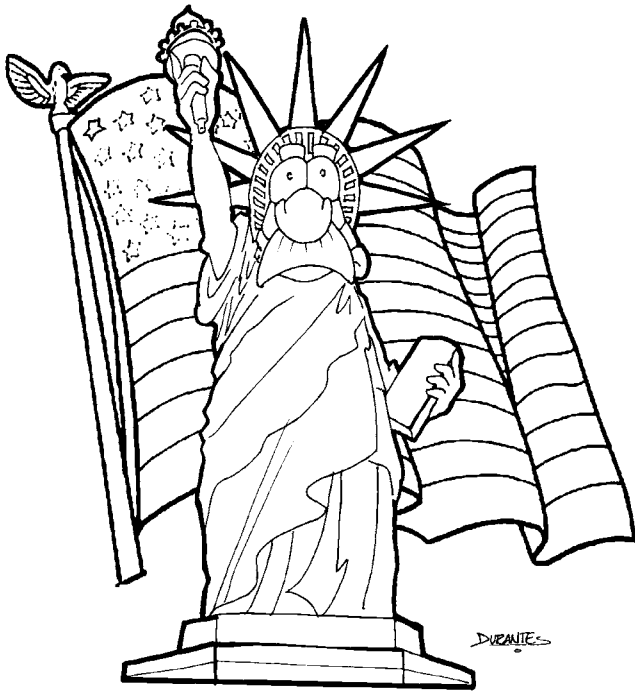
Abstract: The economic crisis that continues to afflict the United States has been a recurring subject of discussion around the world in recent years. In this essay, Noam Chomsky provides an accurate summary of the changes that the U.S. has undergone in the last decades. Starting with the World War II era and concluding with the current continuing financial crisis, Chomsky presents his perspective on the current situation of the United States, explaining with great clarity the factors that have contributed to creating the difficulties the U.S. now confronts.

Keywords: United States of America - Golden Age - Capitalism - Crisis - Economic deficit remains - Unemployment

(*) Lingüista, filósofo y analista político. Profesor emérito del Massachusetts Institute of Technology en Cambridge. Ha sido descrito como el "padre de la lingüística moderna" y una figura importante de la filosofía analítica. Sus obras han influido en campos como la informática, las matemáticas y la psicología. Es reconocido como el creador de la jerarquía de Chomsky, la teoría de la gramática universal y el teorema de Chomsky-Schützenberger.

(**) Artículo publicado originalmente bajo el título "American Decline: Causes and Consequences". La gestión de la autorización para la presente publicación, así como la traducción, fue realizada por Marilú del Pilar Merzthal Shigyo y Juan Carlos Girao La Rosa, alumnos de la Facultad de Derecho de la Pontificia Universidad Católica del Perú. IUS ET VERITAS agradece de forma especial al profesor Noam Chomsky y al Sindicato de *The New York Times* por la autorización concedida.

La decadencia de Estados Unidos: sus causas y consecuencias
American Decline: Causes and Consequences



En la edición de verano de la Revista de la Academia Americana de Ciencias Políticas del año 2011, leímos que era un tema "recurrente" que los Estados Unidos -que hasta hace solo unos años se anunciaba a pasos agigantados como un coloso de poder inigualable y de un estilo de vida realmente atractivo- estaba en declive; enfrentando inminentemente el prospecto de su caída, de su propio desmoronamiento. De hecho, es un tema comúnmente creído y con cierto fundamento. Sin embargo, una evaluación de la política exterior de EE.UU. en el extranjero y la influencia y la fortaleza de su economía nacional y las instituciones políticas en el país sugieren que un número de calificaciones están en orden. Para comenzar, la decadencia es un proceso que se inicia en el momento de mayor poder de Estados Unidos, justo después de la Segunda Guerra Mundial; la notable retórica de varios años de triunfalismo que se vivieron en los años noventa fueron mayormente una forma de auto-engaño. Además, la conclusión a la que se llega en general -que el poder está desplazándose hacia China e India- es altamente dudosa.

Se trata pues de países pobres con serios problemas internos. El mundo, en efecto, se está diversificando, pero, a pesar del declive de Estados Unidos, en un futuro previsible no existe un competidor para un poder global hegemónico.

Para repasar brevemente lo más relevante de la historia, veamos lo siguiente: durante la Segunda Guerra Mundial, los planificadores reconocían que Estados Unidos emergería de la guerra con una abrumadora posición de poder. Está bastante claro, de acuerdo con los documentos históricos disponibles, que "el presidente Roosevelt tenía como objetivo la hegemonía de Estados Unidos en el mundo de la post-guerra", citando la afirmación del diplomático e historiador Geoffrey Warner. Entonces, se desarrollaron planes para controlar lo que era conocido como la "Gran Área", una región que abarcaba, por lo menos, el Hemisferio Occidental, el Lejano Oriente, el ex-Imperio Británico -incluyendo las tan importantes reservas de petróleo del Medio Oriente- y tanto como fuera posible del continente *Euroasiático*, o por lo menos el núcleo de las regiones industriales en Europa Occidental y los estados de Europa Mediterránea. Estos últimos eran contemplados como esenciales para asegurar el control de los recursos energéticos del Medio Oriente. Dentro de estos dominios expansivos, los Estados Unidos mantenían un "poder incuestionable" con una "supremacía militar y económica" mientras aseguraban una "limitación a cualquier ejercicio de soberanía" por estados que podían interferir con sus planes globales. Estas doctrinas todavía prevalecen, aunque su alcance se ha reducido.

Las medidas en tiempos de guerra, que serían implementadas poco después, no eran poco realistas. Estados Unidos era de lejos el país más poderoso del mundo. La guerra le puso fin a la Depresión y la capacidad industrial de Estados Unidos se había casi cuadruplicado,



Noam Chomsky

mientras que sus rivales se debilitaban. Al término de la guerra, Estados Unidos ya tenía la mitad de la riqueza del mundo y una seguridad inigualable. Cada región de la “Gran Área” tenía asignada su función dentro del sistema global. La consiguiente Guerra Fría tuvo que ver, mayormente, con los esfuerzos de dos superpotencias para imponer el orden dentro de sus dominios: para la Unión Soviética, Europa Oriental; para los Estados Unidos, casi todo el resto del mundo. Hacia 1949, la “Gran Área” se veía seriamente erosionada debido a la “pérdida de China”. La frase resulta interesante: “uno solo puede perder lo que posee”. Poco después, el sudeste de Asia comenzó a desmoronarse, llevando a las terribles guerras de Washington en Indochina y a las grandes masacres de Indonesia en 1965, mientras el dominio de Estados Unidos se restauraba. Entretanto, la subversión y la violencia masiva continuaban alrededor en un esfuerzo por mantener la estabilidad, lo cual satisfacía las demandas de Estados Unidos.

Pero la decadencia era inevitable, a medida que el mundo industrial se reconstruía y la descolonización continuaba en su agonizante trayecto. Ya para el año 1970, la porción de riqueza mundial de Estados Unidos se había reducido a cerca del 25%, cifra aún colosal pero reducida drásticamente. El mundo industrial se estaba convirtiendo en “tripolar” cuyos puntos centrales eran Estados Unidos, Europa y Asia, focalizado en Japón, que ya se estaba convirtiendo en la región más dinámica.

Veinte años después, la Unión Soviética colapsó. La reacción de Washington nos enseña mucho respecto a la realidad de la Guerra Fría. El gobierno de Bush I declaraba de manera inmediata que las políticas iban a permanecer básicamente sin cambios, pero bajo pretextos diferentes. El gran poderío militar se mantendría, pero no para la defensa contra los rusos, sino más bien para enfrentar la “gran sofisticación tecnológica” de los poderes del Tercer Mundo. De manera similar, sería necesario mantener “la base de defensa industrial” -un eufemismo para la industria avanzada- que dependía casi en su totalidad del subsidio y la iniciativa del gobierno. Las fuerzas de la intervención aún tenían que ser apuntadas al Medio Oriente, donde los problemas serios “no podían ser dejados en la puerta del Kremlin”, contrario a medio siglo de engaños. Sin hacer aspavientos, se admitió que los problemas siempre habían sido de “nacionalismo radical”; es decir, los intentos de los países por alcanzar un camino independiente en violación de los principios de la “Gran Área”.

Estos fundamentos de la política jamás fueron modificados. La administración Clinton declaró que Estados Unidos tenía el derecho a usar las fuerzas militares de manera unilateral para asegurar “acceso irrestricto a los mercados clave, a las fuentes de energía y a los recursos estratégicos”. También declaró que las fuerzas militares tenían que ser desplegadas con anticipación en Europa y Asia “para poder dar forma a lo que las personas opinan sobre nosotros” -no por una persuasión gentil- y para “dar forma a los eventos que iban a afectar nuestros medios de vida y nuestra seguridad”.

En lugar de ser reducida o eliminada, como se habría esperado de acuerdo a la propaganda de ese entonces, la OTAN se expandió al Este. Ello en violación a los acuerdos verbales de Mijaíl Gorbachov, quien había acordado permitir que la Alemania unificada se uniera a la OTAN. Hoy en día, la OTAN se ha convertido en una de las fuerzas de intervención globales bajo el comando de Estados Unidos, con la tarea oficial de controlar el sistema internacional de energía, vías marítimas, oleoductos y cualquier otra herramienta que ayude a determinar el poder hegemónico.

Hubo, sin duda, un periodo de euforia luego del colapso del enemigo superpoderoso con historias increíbles sobre “el fin de la historia” y un gran elogio respecto a la política internacional de Clinton. Intelectuales prominentes declararon que se encontraba en una “fase noble” con un “santísimo brillo” y que por primera vez en la historia una nación era guiada por “altruismo” y dedicada a “principios y valores”; nada se interponía en el camino de un “Nuevo Mundo idealista, decidido a terminar con la inhumanidad”, que podría al fin llevar a cabo, sin obstáculos, la norma internacional de la intervención humanitaria.

No todos estaban tan comprometidos. Las víctimas tradicionales y el Sur global

La decadencia de Estados Unidos: sus causas y consecuencias

American Decline: Causes and Consequences

condenaban amargamente el mal llamado “derecho a una intervención humanitaria”, reconociéndolo como que fuese el viejo “derecho a la dominación imperial”. Ya voces más sobrias en Estados Unidos, de miembros de la élite que determinaban las políticas, podían percibir que, para una gran parte del mundo, Estados Unidos se estaba “convirtiendo en la superpotencia forajida”, que era vista como “la mayor amenaza externa hacia sus sociedades”, “el mayor estado forajido de hoy es Estados Unidos”. Después de que Bush llegara al poder, las opiniones cada vez más hostiles del mundo apenas y podían seguir siendo ignoradas. En el mundo árabe, en particular, la aprobación de Bush se fue a pique. Obama ha logrado la impresionante hazaña de llegar a niveles menores de aprobación, hasta apenas 5% en Egipto y poco más en los otros países de la región.

Mientras tanto, la decadencia continuaba. En la década pasada, América del Sur se había “perdido”. La amenaza de perder América del Sur había aparecido décadas antes. Mientras el gobierno de Nixon estaba planificando la destrucción de la democracia chilena e instauró la dictadura de Pinochet, el Consejo de Seguridad Nacional advertía que, si Estados Unidos no podía controlar América Latina, no podía esperar “lograr establecer un orden exitoso en otros lugares del mundo”.

Pero más serios serían los movimientos de independencia en el Medio Oriente. La planificación de la postguerra reconocía que el control de las incomparables reservas de energía del Medio Oriente significaba “un sólido y esencial control del mundo”, en palabras del influyente consejero de Roosevelt, A. A. Berle. De esta manera, la pérdida de control de las reservas de energía del Medio Oriente amenazaría el proyecto de dominación global claramente formulado durante la Segunda Guerra Mundial y que se ha mantenido, a pesar de los considerables cambios sucedidos en el mundo desde entonces.

Un peligro adicional a la hegemonía de Estados Unidos era la posibilidad de una serie de movimientos significativos hacia la democracia. El editor ejecutivo del *New York Times*, Bill Keller, escribe de manera conmovedora sobre el anhelo de Washington “de abrazar a los que desean democracia en el Norte de África y el Medio Oriente”. Pero recientes encuestas de opinión en el mundo árabe revelan con mucha claridad que para Washington sería un desastre si democracias activas y

reales se abrieran pasos en la región, ya que esto implicaría que la opinión pública tendría alguna influencia en las decisiones políticas. Sin causar sorpresa alguna, los primeros pasos de la política exterior de Egipto luego de haber derrocado a Mubarak se encuentran con la oposición de Estados Unidos y su cliente israelí.

Mientras las políticas de Estados Unidos han permanecido estables desde hace mucho, durante el gobierno de Obama se han producido algunos cambios significativos. El analista militar Yochi Dreazen señala que en el Atlántico, la política de Bush era capturar (y torturar) a los sospechosos, mientras que Obama simplemente los asesinaba, con un veloz incremento en el uso de armamento de terror (aviones no tripulados) y Fuerzas Especiales, muchos de los cuales eran equipos de exterminio. Las Fuerzas Especiales tenían calendarios de operación en 120 países. Hoy, las Fuerzas Especiales estadounidenses tienen el mismo número de efectivos que el ejército completo de Canadá y son ahora un ejército privado del presidente, asunto que ha sido analizado en detalle por el periodista de investigación Nick Turse en el sitio web “Tomdispatch”. El equipo que Obama envió para asesinar a Osama Bin Laden ya había llevado a cabo más o menos una docena de misiones similares en Pakistán. Como muestran éstos y otros acontecimientos, a pesar de que la hegemonía estaba en declive, la ambición por mantenerla no lo estaba.

Otro tópico recurrente, al menos entre aquellos que no están ciegos por voluntad propia, era que la decadencia de Estados Unidos, no en poca medida, era causada por el país mismo. La ópera cómica representada en Washington este verano, la cual disgusta al país entero (una gran mayoría piensa que el Congreso simplemente debería ser disuelto) y desconcierta al mundo, tiene pocas analogías en los anales de la democracia parlamentaria.



Noam Chomsky

El espectáculo está llegando incluso a aterrorizar a los patrocinadores de la farsa. El poder corporativo ahora se encuentra consternado de que los extremistas a quienes ayudaron a llegar a los cargos que hoy ejercen, pudieran decidir demoler la edificación sobre el que descansan su propia riqueza y sus privilegios, ese poderoso estado-nodriza que sirve a sus intereses.

El eminente filósofo estadounidense John Dewey describió una vez la política como “la sombra que los grandes negocios arrojan sobre la sociedad” y advirtió que “el que la sombra se hiciera más tenue no cambiaría su esencia”. Desde la década de los setenta, la sombra ha devenido en una oscura nube que envuelve a la sociedad y al sistema político. El poder corporativo, a estas alturas compuesto mayormente por capital financiero, había alcanzado un punto en el cual las dos organizaciones políticas de más importancia del país, que apenas se parecen a los partidos tradicionales, están en la posición de más extrema derecha en relación a la población general en todo lo que se refiere a los asuntos que están bajo debate.

Para el público general, la mayor preocupación en política interior es, con razón, la severa crisis de desempleo. En las circunstancias actuales, ese problema crítico puede ser resuelto sólo a través de un significativo estímulo por parte del gobierno, que vaya mucho más allá del que se intentara hace poco, que apenas equilibró la disminución del gasto estatal y local, aunque hay que reconocer que esa mínima iniciativa probablemente salvó millones de empleos. Para las instituciones financieras, la preocupación principal es el déficit. Por lo tanto, el déficit es el centro del debate. Una gran mayoría de la población está a favor de enfrentar el déficit imponiéndole mayores tasas de impuestos a los más ricos (72% a favor, 21% en contra). La reducción de los programas de salud pública es rechazada por abrumadoras mayorías: 69% en el caso de Medicaid, 79% en el caso de Medicare. El resultado más probable es, por consiguiente, lo opuesto.

De acuerdo a los resultados de un estudio sobre cómo el público eliminaría el déficit, su director, Steven Kull, ha escrito lo siguiente: “Es evidente que tanto el gobierno como el Congreso, encabezado por los republicanos, no están de acuerdo con los valores y prioridades del público en lo referente al presupuesto. La mayor diferencia es que el público se inclina por disminuciones drásticas en los gastos

de defensa, mientras el gobierno y el Congreso proponen modestos aumentos. El público se muestra más a favor que el Gobierno o el Congreso en invertir en formación profesional, educación y en el control de la contaminación”.

El costo de las guerras de Bush y Obama en Irak y Afganistán llega, según los cálculos actuales, a cuatro billones cuatrocientos mil millones de dólares (\$ 4.400.000.000.000), una victoria aplastante para Osama Bin Laden, cuya meta era llevar a los Estados Unidos a la bancarrota tendiéndole una trampa. El presupuesto militar para el 2011 -casi equivalente al de todo el resto del mundo junto- es el más alto que en términos reales ha existido desde la Segunda Guerra Mundial e incluso se ha anunciado que aumentará aún más. La crisis del déficit ha sido creada mayormente como un arma para destruir programas sociales que el poderío detesta y que, precisamente, son en los que confía gran parte de la población.

Un corresponsal de economía de la Revista *Financial Times* de Londres, Martin Wolf, ha escrito al respecto: “Luchar contra la posición fiscal de Estados Unidos no es urgente. Estados Unidos puede solicitar préstamos en términos favorables, con intereses sobre bonos a diez años cercanos al 3%, tal y como lo han predicho los pocos analistas que no se han dejado llevar por la histeria. El reto en términos fiscales es a largo plazo, no inmediato”. De manera importante, agrega: “El rasgo más asombroso de la posición fiscal federal es que los ingresos se pronostican en apenas un 14,4% del PBI en el 2011, muy por debajo del promedio que han tenido en la postguerra, cercano al 18%. Se prevé, además, que los Impuestos a la Renta alcanzarán apenas al 6,3% del PBI en el 2011. Como no-estadounidense no puedo entender cuál es el lío: en 1988, cuando terminaba el período presidencial de Ronald Reagan, las cuentas por pagar llegaban al

La decadencia de Estados Unidos: sus causas y consecuencias *American Decline: Causes and Consequences*

18,2% del PBI. Los ingresos fiscales tendrían que aumentar sustancialmente si se quiere superar el déficit". Es de verdad asombroso, pero es lo que exigen las instituciones financieras y los extremadamente ricos y en una democracia en veloz decadencia eso es lo que cuenta.

A pesar de que el déficit ha sido creado por causa de una salvaje guerra de clases, la crisis de la deuda a largo plazo es seria, y lo ha sido desde que la irresponsabilidad fiscal de Ronald Reagan hiciera que Estados Unidos pasara de ser el mayor acreedor del mundo al mayor deudor del mundo, triplicando la deuda nacional y creando amenazas para la economía, las mismas que fueron aumentadas rápidamente por George W. Bush. Pero, por ahora, la crisis del desempleo es la preocupación más grave.

El último "acuerdo" sobre la crisis -que es más bien una capitulación ante la extrema derecha- es lo opuesto a lo que el público quiere en realidad, y de modo prácticamente inevitable llevará a un crecimiento más lento y a daños a largo plazo para todos, menos a los ricos y a las grandes compañías, que están disfrutando de ganancias sin precedentes. Pocos economistas serios se mostrarían en desacuerdo con Lawrence Summers, economista de Harvard, quien ha señalado: "El problema actual de Estados Unidos es mucho más un déficit de empleo y crecimiento que un déficit por exceso de gastos"; y eso que el acuerdo alcanzado en Washington en agosto, que más que un desacierto poco probable, posiblemente cause aún más daño a una economía en pleno deterioro.

Ni siquiera se ha discutido el hecho de que el déficit sería eliminado si el sistema privado y disfuncional de salud de Estados Unidos fuera sustituido por uno semejante al de otras sociedades industriales, cuyos costos per cápita son la mitad del estadounidense y tienen, cuando menos, resultados semejantes. Las instituciones financieras y la industria farmacéutica son tan poderosas como para que dichas opciones sean tomadas en cuenta, aunque la idea parezca utópica. Fuera de la agenda, por razones similares, están otras opciones económicamente sensatas, como, por ejemplo, un mínimo impuesto a las transacciones financieras.

Mientras ocurre esto, Wall Street recibe regularmente nuevos y generosos regalos. El Comité de Asignaciones del Congreso recortó el presupuesto solicitado por la Comisión de Valores y Comercio, que es la primera barrera en contra del fraude

financiero. Del mismo modo, es poco probable que la Agencia de Protección al Consumidor sobreviva intacta y que el Congreso ejerza otras armas en su batalla en contra de las futuras generaciones. Frente a la oposición republicana contra la protección ambiental, "una de las mayores industrias de Estados Unidos está realizando el más importante esfuerzo de la nación para capturar el dióxido de carbono emanado por una planta eléctrica de carbón, constituyendo uno de los mayores esfuerzos por controlar las emisiones responsables del calentamiento global", reporta el diario *New York Times*.

Las heridas auto infligidas, a pesar de que se hacen cada vez más profundas, no son una innovación de data reciente. Se remontan a la década de los setenta, cuando la política económica nacional sufrió transformaciones de importancia, acabando con lo que comúnmente se conoce como "la Edad de Oro" del capitalismo (de Estado). Dos de los mayores cambios fueron la "financialización" y la deslocalización de la producción; ambos cambios están relacionados con la reducción de la tasa de ganancias en la fabricación de bienes de consumo y el desmantelamiento del sistema Bretton Woods, utilizado durante la post-guerra, de controles de capital y regulación de divisas. El triunfo ideológico de las "doctrinas del libre mercado", altamente selectivas como siempre, propinaron más golpes, ya que se tradujeron en desregulaciones, reglas de gobierno corporativo que vinculaban inmensas bonificaciones para los directores ejecutivos con ganancias a corto plazo y otras políticas similares. La concentración de riqueza resultante produjo mayor poder político, acelerando un círculo vicioso que le ha dado una fortuna extraordinaria a una décima parte del uno por ciento de la población, principalmente, a los directores ejecutivos de las grandes compañías, los administradores



Noam Chomsky

de fondos de cobertura y personas por el estilo, mientras que, para la gran mayoría, los ingresos reales se encuentran prácticamente estancados.

Paralelamente, el costo de las elecciones se disparó, lo que ocasionó que ambos partidos tuvieran que meterse más en los bolsillos de las empresas. Lo que queda de democracia política se ha visto socavado aún más, porque ambos partidos, en busca de fondos, han recurrido a la subasta de posiciones de liderazgo en el Congreso. El especialista en política económica Thomas Ferguson observa que: "A diferencia de los poderes legislativos del resto del Primer Mundo, los partidos del Congreso de Estados Unidos ahora le ponen precio a puestos vacantes que son clave en el proceso de creación de las leyes". Los legisladores que consiguen fondos para el partido obtienen los puestos, lo que prácticamente los obliga a convertirse en servidores del capital privado en términos que van más allá de la norma. El resultado, continúa Ferguson, es que los debates "se sostienen, en gran medida, en la infinita repetición de un puñado de frases hechas y slogans que ya han sido probados en campaña por su atractivo para los grupos de inversionistas y de intereses, grupos con los que los líderes cuentan a la hora de obtener recursos".

La economía posterior a la "Edad de Oro" está poniendo en escena una pesadilla que ya habían previsto los economistas clásicos, Adam Smith y David Ricardo. Ambos se dieron cuenta de que si los comerciantes e industriales británicos invertían en el extranjero y dependían de las importaciones, obtendrían ganancias, pero Inglaterra sufriría. Ambos esperaban que estas consecuencias pudieran evitarse gracias a convicciones nacionalistas, por la preferencia de hacer negocios en el propio país y verlo crecer y desarrollarse. Ricardo esperaba que, gracias a las convicciones nacionalistas, la mayor parte de la gente con medios se mostrase "satisfecha con las bajas tasas de ganancias de su propio país en lugar de buscar utilidades más ventajosas para su dinero en países extranjeros".

En los últimos 30 años, "los amos de la humanidad", como los llamara Smith, han dejado a un lado cualquier preocupación sentimental por el bienestar de su propia sociedad, concentrándose, por el contrario, en ganancias a corto plazo y grandes bonificaciones, sin importarles el destino del país, mientras que el Estado paternalista permanece intacto para servir a sus intereses.

Un ejemplo que ilustra de manera gráfica esto aparece en la primera página del *New York Times* del 4 de agosto de 2011. Dos artículos importantes aparecen uno al lado del otro. Uno discute cómo los republicanos se oponen fervientemente a cualquier acuerdo "que implique mayores ingresos fiscales" -un eufemismo para referirse a aumentar las tasas de impuesto de los ricos-. El otro tiene por título: "Incluso más caros, los bienes de lujo vuelan de las tiendas". El pretexto para recortar los impuestos de los más ricos y de las grandes compañías en proporciones ridículas es que éstos invertirían en la creación de empleo, lo mismo que ellos no pueden hacer ahora, cuando sus bolsillos están que revientan con ganancias cada vez mayores.

El panorama que se describe se encuentra muy bien resumido en un folleto para inversionistas producido por el gigante bancario Citigroup. Los analistas del banco describen una sociedad global que se está dividiendo en dos bloques: la "plutonomía" y el resto. Es una sociedad en la que el crecimiento es alimentado por los pocos ricos y consumido por ellos mismos. Luego están los "no-ricos", la inmensa mayoría, a la que ahora a veces se llama el "precarato global", es decir, la fuerza de trabajo que lleva una vida precaria. En Estados Unidos, ellos están sometidos a la "creciente inseguridad laboral", base de una economía saludable, tal y como explicara al Congreso Alan Greenspan, presidente de la Reserva Federal, mientras alababa su propio desempeño en el manejo de la economía. Este es el verdadero desplazamiento del poder en la sociedad global.

Los analistas del Citigroup aconsejan a los inversionistas concentrarse en los muy ricos, que es donde está la acción. Su "cesta básica de plutonomía", como ellos mismos la llaman, obtuvo un índice de ganancias mayor que el de los mercados desarrollados desde 1985, cuando los programas de Reagan y Thatcher

La decadencia de Estados Unidos: sus causas y consecuencias

American Decline: Causes and Consequences

para enriquecer a los muy ricos recién arrancaban.

Antes de la crisis de 2007, de la cual las nuevas instituciones post “Edad de Oro” fueron responsables en gran medida, estas instituciones habían ganado un alarmante poder económico, más que triplicando su parte de las ganancias corporativas. Después de la crisis, una cantidad de economistas comenzaron a investigar sobre sus funciones

en términos puramente económicos. Robert Solow, Premio Nobel de Economía, concluye que su impacto general es probablemente negativo: “Los éxitos probablemente añaden poco o nada a la eficiencia de la economía real, mientras que los desastres transfieren la riqueza de los que pagan impuestos a los financistas”.

Al despedazar los últimos restos de la democracia política, se sientan las bases para que el letal proceso siga en marcha, siempre y cuando sus víctimas estén dispuestas a sufrir en silencio. 